

Martes II de Cuaresma



27 de febrero de 2024

Is 1, 10.16-20

Sal 49

Mt 23, 1-12

P. Eduardo Suanzes, msp

En el texto de Isaías que acabamos de oír en la Primera Lectura no solo se trata del problema de exigir un culto sincero, porque esto es evidente; de lo que se trata, más en el fondo, es de la autenticidad de un culto como el que surge cuando está desvinculado de la justicia social¹. Mientras el pueblo viva en la injusticia, bajo la presión de autoridades corrompidas (los «jefes de Sodoma»), el culto queda completamente falseado y Jerusalén corre el riesgo de volverse como las dos ciudades destruidas. **Por tanto, la condena se refiere a un culto separado de la vida, la situación de quien reserva a Dios determinados momentos de la semana, o del día, pero lo excluye de la cotidianidad donde se viven las relaciones con los otros.** Presentarse ante el Señor y estar en el Templo es un reflejo de la propia vida en Dios, un conocerse en él como él conoce al ser humano, **pero con el objetivo de mejorar la propia conducta:** de este modo se desencadena un proceso que va desde la vida al templo y desde el templo a la vida. La calidad de las relaciones con el prójimo, especialmente con el más débil, es lo que concede validez a las relaciones con Dios.

En el Evangelio, aunque Jesús habla de los letrados y fariseos, se está dirigiendo a los discípulos, a sus seguidores. Es importante, pues, lo que se va a decir pues se trata del seguimiento de Jesús: se trata de nosotros.

Pero lo que dice causa sorpresa: que la multitud y los discípulos deban observar todo lo que dicen los letrados y fariseos en la cátedra de Moisés resulta inesperado. El mismo Jesús había atacado duramente la interpretación de la Ley que ellos hacían. ¿Cómo puede decir ahora que hay que observar **todo** lo que ellos enseñan? Pero no hay que quedarse en esta primera parte del versículo: lo que a Jesús le interesa es la segunda parte, a saber: que sus discípulos no deben imitar lo que ellos hacen, porque ellos no hacen lo que dicen. Es como si Jesús dijera: «*por mí, ya pueden cumplir todo lo que les digan letrados y fariseos... que no es tan malo; ¡lo importante es que no imiten sus obras!*»

Seguidamente vemos por qué a Jesús le interesa, en primer lugar, el **contraste entre doctrina y obra**. Habla de que a ellos les gusta «*liar fardos pesados y difíciles de llevar y los echan sobre las espaldas de la gente*». El seguidor de Jesús se acuerda inmediatamente de lo que él les dijo: que la carga de Jesús es *ligera*, porque él fue *sencillo y humilde de corazón*, que acogió a los que estaban agobiados y vivió ejemplarmente lo que enseñó hasta la muerte.

Contrariamente al Jesús «sencillo y humilde de corazón» (11, 29), que es el modelo de conducta para la comunidad, los letrados y fariseos «no quieren mover los fardos con su dedo». «Mover el fardo» es lo que hace un portador; y eso no lo quieren hacer los fariseos y letrados, aunque animan a otros a hacerlo. La imagen significa, por tanto: ¡ellos mismos **no practican lo que dicen!**

¹ Cfr. BENITO MARCONCINI. Guía espiritual del Antiguo Testamento. El Libro de Isaías (1-39). Ed. Herder. Barcelona 1995

Pero, en segundo lugar, este reproche de que los fariseos y letrados practican todas sus obras por la mera apariencia externa recuerda aquella otra palabra de Jesús en que los «hipócritas» que repartían limosnas a son de trompeta, rezaban en la calle y ayunaban con ostentación «ante los hombres», dice Mateo, «*para llamar la atención*». La «hipocresía» no es, pues, tan sólo la contradicción entre la palabra y la obra, **sino también entre motivo y obra**; la autojustificación, por tanto, que es una visión mucho más fina del asunto y en la que Jesús nos pone en alerta: **la pureza de intención en la forma en que hacemos las cosas**.

Al mismo tiempo, la formulación «*no se dejen llamar rabbí*», o maestro, o Señor mío, pone de manifiesto que Jesús no combate la existencia de letrados entre sus seguidores, sino su afán por el título y las consiguientes aspiraciones al honor y el poder: eso es lo que a él le interesa.

Los miembros ordinarios de la comunidad tampoco deben calificar de «padre» a otro miembro de la comunidad. «Padres», en sentido figurado, son personas respetables de cierta edad, bienhechores, maestros u otras personas relevantes en general, a las que se debe algo, pero también ancestros y personajes decisivos del pasado. El trasfondo inmediato de la advertencia de Jesús es la tendencia a este apelativo, visible en los rabinos de la época. Lo que le interesa a Jesús es el honor que el título conlleva.

Por último, Jesús dice que no sólo los títulos de *rabbí* y de *pater* no deben ser perseguidos por sus seguidores: tampoco el de *director* y *guía*. Debe quedar claro entre sus seguidores lo único importante: **la orientación exclusiva a Dios, el único Padre del cielo, o a Cristo, el único maestro y guía**. Todo el honor le compete en la comunidad a uno solo, a Dios; ante él, todos los demás somos hermanos.

Mateo nos está diciendo con estas palabras que un maestro cristiano, un catequista, un evangelizador, un sacerdote, que se sabe comprometido con la enseñanza de Jesús **y no llega a hacerse humilde como él, es una figura imposible**. Por eso se revuelve el evangelista por principio, es decir, por razones cristológicas, contra la querencia de los títulos y la apetencia de prestigio mundano en la comunidad. Toda autoridad, dice Jesús, se verifica en el servicio. Y toda presencia de Jesús se hace palpable en la humildad del seguidor.

Les comparto un texto de la Cuenta de Conciencia de Concepción Cabrera. En 1906 Jesús le dijo a Concha:

«Abandona todos tus querereres a mi voluntad, [...] quita todo tu agrado, tus deseos aún santos, tu querer, todo lo tuyo, y desaparece, hija, dejando solo obrar a MI AMOR, abandonando repito, todo lo tuyo, todo tu juicio dentro de Mí. Desaparece ocultándote [...] La humildad es el mejor escondite en donde el alma desaparece hasta de sus mismas miradas; húndete en ella, [...] y en la medida del abajamiento yo me reflejo»².

² CONCEPCIÓN CABRERA DE ARMIDA, *Cuenta de Conciencia*, 23, 200-201; 24 de julio de 1906